

Y EN TARAZONA: «¡PASILLO! A CIPOTEGATO»

MARIA ELISA SANCHEZ SANZ

Todos los 27 de agosto, a las 12 horas de la mañana en punto, para conmemorar la fiesta del glorioso hijo de Tarazona y obispo de Zamora, San Atilano, tiene lugar la salida desde el Ayuntamiento de Tarazona de un escurridizo personaje, vestido de la cabeza a los pies con un traje de colores, que recibe el nombre de «Cipotegato», al que se le tira una lluvia de tomates. Por *cipote* se entiende en Aragón una persona tripuda y rechoncha, comparándose la careta que porta esta figura con la expresión felina de un gato. Pero esa consideración popular se puede matizar con algunos datos documentales no muy tenidos en cuenta hasta ahora.

Entre las gentes de Tarazona, no obstante, corren distintas versiones sobre el origen de este personaje, en forma de argumento oral. Algunos adultos narran cómo *«en Tarazona, ya en tiempos de los moros o cuando teníamos fueros y había algún preso, le llevaban a la plaza y le empezaban a tirar ladrillos y piedras. Si el reo a muerte era listo y fuerte y se salía de la plaza ya estaba libre. La penitencia que pagaba el preso era ésta, los golpes que recibía. Si los aguantaba y salía a pie fuera de la plaza, ése ya estaba libre. De ahí dicen que viene la costumbre ésta que tenemos aquí, en Tarazona, de tirarle tomates al Cipotegato. Antiguamente piedras y ahora tomates»* [José Albericio. Tarazona].

Para otros, el Cipotegato es un personaje que fue adoptado por la municipalidad tarazonense en el siglo XVII, pero que ya tenía su origen en los bufones que divertían a los reyes y a las gentes del pueblo, tomando carta de naturaleza con Felipe II, momento en el que se le empezó a denominar «cabeza de gato» o «cara de gato», convirtiéndose finalmente en «Cipotegato» [Ayuntamiento. Tarazona].

Cuentan, también, que el Cipotegato salía para hacer miedo a los chicos, quienes se defendían con «gallo-

nes». Esto sucedió, por lo menos, hasta 1925. Fue después de la Guerra Civil cuando al Cipotegato se le empezaron a tirar tomates.

Sin embargo, los documentos notariales conservados apuntan un nuevo dato, no muy considerado, y que responde a una resolución del cabildo catedralicio de Tarazona, de fines del siglo XVIII, prohibiendo durante la víspera del Corpus que saliese el *Pellexo de gato*, sin tener para nada en cuenta las grandes protestas que todos los chicos de Tarazona hicieron por tal motivo. Ese «pellexo de gato» consistía en una vejiga de gato rellena y con la que se iba golpeando al personal a diestro y siniestro, diversión que costeaban los canónigos, precisamente en la fiesta mayor de la localidad, el día del Corpus Christi, siendo el Cipotegato, en realidad, un diablillo del Corpus, que salía con el resto de la comparsa que figuraba en este día tan grande.

Pero cuando la fiesta de San Atilano adquiere mayor importancia y se le proclama patrón de Tarazona ante la entrada de una de sus reliquias, el Cipotegato cambia su fecha de salida (se traslada del Corpus al 27 de agosto) y empieza a ser costeado por el Ayuntamiento, que le pagaba una cierta cantidad de dinero. (A principio de este siglo le pagaban 6 pesetas, 500 en 1970 y 30.000 pesetas más un abono para los toros en 1989.)

El hecho festivo en sí consiste en la salida de este personaje desde el Ayuntamiento, atravesar la Plaza y volver, sorteando los cientos y cientos de kilos de tomates que tarazonenses y forasteros arrojan sobre él.

Las cinco o seis peñas que existen en Tarazona, no obstante, tienen también ciertas responsabilidades en la fiesta. En primer lugar, cada una de estas peñas está encargada de contratar la compra y de pagar 500 ó 1.000 Kg. de tomates, que el 27 de agosto repartirán en bolsas de uno o dos kilos entre sus peñistas. En segundo lugar, una vez se juntan las agujas del reloj en las 12 horas, sue-



FIESTAS 1989

Del 27 de agosto al 1 de septiembre

nan las campanadas de Pierres y la puerta del Ayuntamiento se abre, los peñistas, al grito de ¡Pasillo!, harán hueco para que Cipotegato salga y pase entre la multitud que le empezará a perseguir, tomates en mano.

Cubierto por una lluvia de tomates, Cipotegato huye por el estrecho pasillo que se cierra a su paso. Nadie debe saber quién es y se le persigue por las calles para descubrirlo. «Al Cipotegato no le mandan, nada más que te dicen: tú sal a la plaza y librate como puedas. Así que, unas veces, te vas al barrio de San Miguel y otras veces pues a otro barrio. Puedes estar por ahí veinte minutos o media hora. Y, si quieres, a la bajada te puedes parar a echar una cerveza. Pero no te mandan hora ni recorrido» [P. Galindo, cipotegato].

Finalmente, si el Cipotegato ha sido bravo y valiente, si no se esconde mucho, entonces las peñas le cogen en hombros y le llevan hasta la puerta del Ayuntamiento.

El impacto de los tomatazos que recibe no le hace mal, pero algo se nota y el Ayuntamiento suele tener dispuestos otros tres «cipotegatos» de reserva que no se sabe quiénes son. Por ejemplo, en 1974, aunque los tomates iban dirigidos contra la Corporación Municipal y tuvieron un marcado carácter político, quien los recibió, desde luego, fue el Cipotegato.

El traje que lleva este personaje está levemente acolchado, para amortiguar los golpes, pero insuficientemente, en proporción a la descarga de tomatazos que recibe y no se le permite llevar ningún otro tipo de protección. Cuentan que antes de la guerra, ese traje era de una sola pieza, hecho a punto y a ganchillo y elaborado con lanas de muchos colores. Hoy presenta un traje arlequinesco o abotargado, de paño de colores rojo, amarillo y verde, cosidos en piezas romboidales y triangulares, buscando un contrapeado cromático. Lleva también una máscara de tela de los mismos colores que le protege cara y cabeza. Y gasta alpargatas miñoneras.

En la mano lleva un palo de fresno del que cuelga una pelota de trapo —lo que sería el antiguo pellejo de gato— apretada y de cierto peso (algunos años le escondían una piedra dentro) y que, simbólicamente, emplea para defenderse, aunque nada puede, ante semejante cascada de tomatazos. Pero siempre se ha dicho que lo usaba como elemento de defensa.

Sin embargo, un proverbio de la comarca: «Te pareces al Cipotegato de Tarazona, siempre das en la cabeza», sirvió a Gabriel M.^a Vergara Martín para dar otra nueva versión o función a este personaje:

«En Tarazona llaman Cipotegato a un bota que precede a la Comisión del Ayuntamiento el primer día de la feria cuando va a la Catedral a la función religiosa, y lleva en las manos una gran pelota de goma y da con ella en la cabeza a los grandes y a los chicos para que dejen libre a la Comitiva.»

De esa manera, este personaje pasaría de ser una víctima propiciatoria, a quien el pueblo castiga y humilla, o a otros a través de ella (Comisión Municipal, etc.), a ser una máscara fustigadora que con una imagen, si no terrorífica si al menos atemorizante, abría camino a las Autoridades, a cuyo efecto el Ayuntamiento se sentía en la obligación de pagarle. El hecho de golpear a las gentes

también podría emparentar a este personaje con las máscaras carnavalescas.

En cualquier caso, parece que esta figura de Cipotegato no representa para quien la desempeña un privilegio o un honor serio, por lo que no hay demanda de querer salir y, obviamente, quien se viste de Cipotegato cobra la dotación que el Ayuntamiento le tiene adjudicada. Es evidente, también, que hoy se sale por dinero. Saben los Cipotegatos que de tales han ejercido en años consecutivos que después de salir, durante más de un mes, se les va a «señalar» diciéndoles: «¡Mira, ése fue el cipotegato!, aunque te lo digan en buena armonía, pero te lo dicen».

Ensañamiento contra personajes disfrazados, pero de carne y hueso (no los monigotes de carnaval, judas, *peirates*, espantapájaros), a los que se les tira nabos o se les golpea sin piedad existen en otras comunidades autónomas. Para el primer caso debe citarse el *Jarramplás* de Piornal (Cáceres), personaje desmedido, que porta una cornamenta enorme y que con un tamboril ha de sortear los cientos de nabos que le arrojan los niños para la fiesta de San Sebastián. En el segundo caso hay que citar el *Cascamorras*, de Baza (Granada), a quien se le pega, se le tira al agua, se le golpea o se le hace correr durante varios kilómetros entre Baza y Guadix.

De todas maneras, en Tarazona, cuando el Cipotegato ha vuelto al Ayuntamiento, ya no se le tiran más tomates. Pero, a partir de ese momento, propios y extraños del lugar se enzarzan en una pelea sin cuartel

comenzando a tirarse entre sí los tomates que todavía les han sobrado. Hecho que se puede parangonar con la «tomatá» de Alcora (Castellón), que tiene lugar el día de San Roque, o la «guerra de la tomatina», que todos los años tiene lugar en Buñol (Valencia) para conmemorar la víspera de la fiesta de su patrón, San Luis Beltrán, que se celebra a finales de agosto, aunque estas fiestas valencianas podrían estar relacionadas con inversiones rituales. En todos los casos, no obstante, incluyendo Tarazona, la violencia catártica del grupo puede generar, paradójicamente, cohesión social y liberar tensiones.

BIBLIOGRAFIA

- BRISSET MARTIN, D. E. «El encierro del Cascamorras. Análisis de las fiestas de Granada. 2». *Gaceta de Antropología*, 2 (1983), pp. 29-35.
- ENTREVISTAS Y REPORTAJES. RNE-Radio Nacional de España en Aragón-Radio 4. Entrevista de Alberto Serrano a P. Galindo, cipotegato. Emitida el día 25 de agosto de 1989.
- ESCRIBANO SANCHEZ, J. C.: «El cipotegato de Tarazona: Orígenes, transformación y rito». *IV Congreso Nacional de Artes y Costumbres Populares*. (En prensa.)
- MARTIN CISNEROS, C., y MARTIN LAINEZ, G.: «Folklore y noticias varias de costumbres, leyendas y tradiciones de Tarazona». *Zaragoza*, 34 (1971), pp. 17-25.
- VERGARA MARTIN, G. M.: *Diccionario geográfico popular de cantares, refranes, adagios, proverbios, locuciones, frases proverbiales y modismos españoles*. (Madrid: Hernando, 1923), p. 244 - Artículo «Tarazona».